

semejante atropello. Quizá sería muy difícil, casi imposible, transportar al celuloide las escenas mejores del libro. Ello no obsta para que se considere la disminución de valor que se realiza con una obra de la que podemos decir sin rodeos, que es una de las lecturas más sabrosas que se nos han presentado en los últimos años.

□ «Poésie du hasard», de Alexandre Arnoux, (Grasset). Un conjunto de ensayos sacados de la vida y viajes de este escritor que como Giraudoux, parece tener en su prosa todos los resortes de la más clara poesía. Las escenas son como esquemas líricos de la vida corriente, tan corriente que el héroe de una de ellas, «La vie de Durand», es el francés medio, adocenado y multitudinario, transformado en personaje abstracto y poético por la vara mágica de la observación. Otro de los ensayos, «Au coin de radiateur» es una lamentación del hombre que recuerda el antiguo decorado del hogar, familiar y lleno de prestigios para él, cuando se sienta al lado de la abstracción moderna, simbolizada por el silencioso calorífero que substituyó a la chimenea que distraía y hacía danzar a los pensamientos. Amenidad de gusto preclaro la de este libro, que bien lleva el título de poesía, encerrando una emoción en cada uno de sus párrafos.

Rachas de contagio

□ El cinema tiene sus ondas de influencia, no cabe duda. Pero es el público quien las establece. Un espectáculo deja de serlo cuando no permite la aprobación o repudio exteriorizados, cuando los guardias intervienen y expulsan a la más leve tramoya de protesta. Se quejan del cine y de su vulgaridad y repetición los que no son capaces de patear una obra que les disgusta. No hay espectáculo como los toros, en todo el mundo. Allí dice uno lo que quiere, manifiesta sus sentires y lucha hasta la reyerta con tal de dejar bien sentada su opinión particular. El pateo es un síntoma de cultura. El silencio, de borreguismo.

¿A qué viene todo esto?... A que los productores cinematográficos han decidido dar gusto al público. Así nos lo dice en el «Readers Digest» un comentarista imparcial, por cuanto que pertenece a una organización de Hollywood y justifica su postura ante las circunstancias. De las películas proyectadas en los últimos meses, ni *Cavalcade*, ni *Disraeli*, ni *Lincoln*, ni *World Changes*, es decir, lo mejor, ha tenido éxito de demanda. En cambio, todas esas revistas de cabaret y music-hall, hechas con muchachas cloróticas y cantores gangosos, son las que cifran el éxito de ganancia. Imbécil se antoja el gusto general ante tales síntomas. Las revistas engañan al público. Hay que resistir las canturrias nasales de diez o doce gurruminos para ver una escena decorativa menos mala. Seducen con la promesa de presentar mujeres y lo que hacen es hacer desfilas grupos de cloróticas sin pecho, medio desnudas, pero sólo el segundo suficiente para hacerlas pasar en instantánea ante el espectador ingenuo. Combinan trajes y desnudos para lucir los coros y estos se limitan a una promesa de visión, a una ráfaga de pasaje. Los que van para ver mujeres se chasquean. La explotación de estas revistas encierra un coeficiente de tomadura de pelo al espectador, por dos conceptos: Por la engañifa de la exhibición a los que van buscando vistas y por otra engañifa aun mayor, determinada por una especie de imposición de postales de mal gusto. Y eso cuando no hay que resistir gemidos amorosos con música barata.

El público se lo traga todo, pacíficamente. No protesta. No deja de asistir. Se deja aburrir por ese Bing Crosby que gargariza vestido de marinero y no siente el menor deseo de dar un bocinazo.

Ahora la racha de contagio no se contenta con las revistas. Ha dado en las espías. Cuatro espías se han sucedido en las pantallas y solo una, la de la película inglesa, interpretada por Madeleine Carroll, merece la pena de ser considerada. Los productores saben lo que se hacen. Y las quejas seguirán siendo inútiles mientras no se manifieste un público decidido. Claro está que

ésto es difícil, casi absurdo, cuando se ve que aun sigue gustando ese Ramón Novarro con sus canciones de a céntimo. Sería necesaria una manifestación de aplauso al film bueno y una de burla, más o menos discreta, al film usual que nos está atarugando.

Octubre

□ Otro chasco. Nos creíamos en plena dulzura primaveral a pleno sol suave y las heladas rompen la tibieza del ambiente y rompen también las ilusiones de los que cuidaron sus viñas. Ya no se puede hablar de aquellos «pámpanos de octubre» de que hablara el poeta. Ni los chubascos dejan de repetirse poniendo telones de grises reconcentrados, ni el viento calma su pasaje con la noticia del calendario.

Es una burla, una broma. Pero hay que convenir que es una broma de buen gusto, excepto para los vinateros, naturalmente. Broma de buen gusto esta de desandar lo andado, de necesitar poner el calendario de cara a la pared, de resignarse a pasar frío cuando se anunciaba calor y viceversa.

El año, ya vejete, se decide a tener una segunda juventud. Da tumbos de borracho, se ríe a carcajadas, hace travesuras, echa agua por las ventanas, cubre de escarcha los sembrados y hasta da una mecida intempestiva a la ciudad para asustar a la gente.

Viejo verde de *pámpanos de octubre* que hizo arrancar a las viñas, juega y zascandilea. Octubre es la noche de juerga de este barbón ya cansado que marca en su pechera brillante un número largo y desigual: 1934. Quizás unas acedías le hagan volver a su butacona y dejar que su divertida y joven comadre, la primavera, salga por sí sola a campar por sus respetos.—*Joan de Selvas.*